



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11268

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 16 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

DOS PALABRAS

Continúa la huelga de los obreros de Santa Lucía y sigue haciéndose la carga de vapores por medio de restos.

El problema no tiene solución por hoy, pues ni los obreros cejan en su empeño de recabar aumento de jornal y disminución de horas de trabajo, ni los comerciantes están dispuestos á concederles lo que solicitan.

No vamos á investigar si tienen razón los obreros al pedir ó los comerciantes al negar, ni si la tienen los dos al mismo tiempo; no es nuestra intención intervenir en esa lucha en defensa de nadie, pues la ingerencia de personas extrañas al asunto más bien dificultaría que facilitaría una solución conveniente.

Pero tenemos corazón; pertenecemos á la clase que trabaja; hemos probado alguna vez el infortunio; saponemos lo que pasará á estas horas en muchos hogares donde irá escaseando el pan y sentimos los generosos estímulos de nuestro corazón que nos empujan á romper nuestro silencio en evitación de males que bien pudieran convertirse en permanentes.

La huelga continúa y al efecto de combatirla se ha recurrido á variar el procedimiento de la carga. ¡Ay si arraiga ese procedimiento! Además, se ha buscado nuevo personal; y como donde hay cosas hay inscriptos, no ha costado trabajo encontrar un centenar de obreros en los que concurre aquella circunstancia. Y trabajaron ayer, como trabajarán mañana ó pasado, cuando se necesite, porque entre ganar tres pesetas que se les da en su país y devengar cinco trabajando en la carga de vapores en Santa Lucía, la elección no es dudosa.

Esto puede dar margen á un

disgusto serio; pero ¿quién sufrirá las consecuencias? Los que se opongan á la libre contratación del trabajo garantido en las leyes.

No extrañen los obreros huelguistas la sobriedad del lenguaje que usamos, ni lo descarnado del concepto. Necesitamos que se nos comprenda, se trata de señalar peligros que pueden estar próximos y deseamos exponerlos con toda claridad.

Si fueran obreros del campo los huelguistas permaneceríamos en expectación agenos de todo punto á la contienda; al fin y al cabo si no alcanzaban aumento de jornal habrían perdido el correspondiente á tantos días de trabajo; pero una vez terminada la huelga ganarían el antiguo en cualquier parte. En el caso presente no es igual; un duro no se gana en cualquier trabajo y no es cosa de jugarlo á cara ó cruz.

Creánnos los obreros de Santa Lucía: se están jugando á cara ó cruz el duro que ganan. No han pensado seguramente en que ya ni siquiera para la guerra es necesaria la mucha gente. La máquina va sustituyendo al trabajo del hombre y máquinas de cargar barcos existen en los muelles de Inglaterra y otros del extranjero. ¿Qué sucedería si alguien pensara instalar aquí esos artefactos?

Recapaciten los obreros y piensen en ese peligro que puede estar cercano.

Se lo señalamos por su interés. Les hablamos este lenguaje por su conveniencia y porque nuestro amor al prójimo nos lo dicta así.

Un interés de humanidad nos impulsa á escribir estas líneas y deseamos que produzcan su efecto; pero si los huelguistas estimaran ser otro el interés que guía nuestra pluma, peor para ellos. El tiempo se encargará de probarles nuestra buena fé y el error en que están.

En un Album

Nunca te he visto; pero el alma mía sabe que brillan en tu faz hermosa la ternura, el ingenio y la poesía; ¿cómo no has de ser buena y candorosa? Yo nunca he visto el cielo... y sé que el cielo la gloria esconde tras su manto azul; por eso sé lo mucho que tú vales, ¡porque el cielo eres tú!

Antonio Grillo.

(PARÉNTESIS)

Madrid 13 Mayo 1899.

Sr. Director de EL ECO.

El compañero Quejido no quiere ser académico por no rozarse con Liniers y por no merecer el calificativo que el ingenioso Miguel Escalada ha aplicado á los inmortales.

Pablo Iglesias, tampoco envidia al gobernador de Madrid, ni como autoridad ni como particular. Como autoridad porque ha estado torpe; como particular porque estuvo desocho.

Y hete aquí al gobernador de Madrid, que se las echa de listo, puesto en solfa por los obreros que, en vez de indignarse por el atropello, lo toman como una genialidad del gobernador más ó menos oportuna.

Y no es lo malo que los obreros tomen así las cosas de Liniers; las toman también las empresas de teatros que no hacen caso de las multas gubernativas, teniendo en cuenta que la propia autoridad que las impone permanece en el teatro hasta la una de la madrugada sin percatarse de que se desobedece á sí propio.

Lo extraño no es que el Sr. Liniers dé tantos traspies, sino que el gobierno lo tolere y se dé el caso de que en la capital de España tengamos un gobernador que en cualquier provincia de último orden no serviría.

Por eso sin duda aquí se da el caso de que le roben el reloj á un ciudadano y á los dos días aparece la papeleta de empeño pero no los ladrones; mas en cambio se persigue á las empresas de teatros y se vulnera la ley de asociaciones y se atenta á la libertad del ciudadano.

M.

CRÓNICAS DIPLOMÁTICAS

Alianzas actuales de las grandes potencias.

A despecho de los nobles sentimientos que hacen ambicionar para los pueblos todos una era nueva de paz y de armonía, se desenvuelve y rectifica la vida política internacional manchando de manera incessante el globo que habitamos con la sangre de hermanos y de amigos.

Potentes más que nunca los partidos de las conclusiones pacíficas y conciliadoras para dirimir las contiendas que pudieran surgir entre las naciones, no consiguen sin embargo en la práctica contener los males de la guerra, y á pesar de los esfuerzos que en contra se realizan, la fuerza sigue siendo hoy, como hace treinta siglos, el medio único á que se apela para resolver los conflictos internacionales.

Hay actualmente, y habrá también en lo futuro, problemas de política exterior que están por resolver y que serán resueltos menos por los escritos de canchillería que por el resultado de las operaciones militares y los hombres de Estado, que conocen mejor que nadie hasta qué punto es esta afirmación exacta, múvense dentro de sus lujosos gabinetes para que la balanza de la justicia internacional pueda inclinarse favorablemente en su día, arrojando en el platillo, como contrapeso suficiente á los argumentos del contrario, la agoviadora espada de Brand.

Tales movimientos condenables por su egotismo, al subordinar el concepto elevado de humanidad al de patria, originan alianzas, compromisos y acuerdos que basados en mutuas concesiones contribuyen á aumentar la fuerza del Estado mediante ajena ayuda, persistiendo en contrarrestar la opinión del adversario.

Tres alianzas, en el más alto grado interesantes, hay actualmente concertadas entre las grandes potencias que rigen á su antojo los destinos del mundo entero: dos de ellas se refieren al problema terrestre europeo; la otra á todos los problemas marítimos pendientes de momento y á cuantos de índole análoga puedan surgir en plazo breve.

Curiosísima é instructiva resultaría

la historia de las alianzas á que me refero, pero falta espacio en tan breves líneas para hacer una indicación acerca de ella, por ligera que sea, y nos ocuparemos en otro artículo de materia tan digna de estudio.

La más antigua es, en el orden de los hechos, la concertada en Octubre de 1879 entre Austria y Alemania, y que desde que pudo contar con el concurso de Italia—hecho que tuvo lugar á principios de 1882—se ha denominado únicamente la triple alianza. Quizás no esté suficientemente justificado el nombre que comúnmente se le ha dado, porque algunos países europeos se inclinan como Turquía, del lado de la preponderancia germanica, y por otra parte el cambio de política que parece realizar el Reino Italiano, al cesar con Francia sus enconadas luchas aduaneras, pudiera suponer un rompimiento de los lazos contraídos con Alemania, ó por lo menos cierta tibieza en su fidelidad á tales compromisos, tanto más cuanto que la catástrofe de Eritrea ha impresionado dolorosamente al pueblo italiano inclinándole á la paz.

Como oposición á esta poderosísima alianza, que en las entrevistas de Göttingen concertaron el Príncipe de Bismark y el conde de Andrassy, surgió como necesidad imprescindible la unión de Francia y Rusia, potencias contra quienes aquella alianza se dirige.

Difficil era, apesar de ser necesaria, la aproximación de una república tan liberal y de un imperio tan autoritario, pero logró al cabo realizarse, siquiera se ignore la influencia cierta el momento en que se hizo tal unión y el alcance é importancia de ella.

Es la tercera de las alianzas, de que nos ocupamos, la naval pactada desde hace muchos años, por Inglaterra con Alemania y con Italia contra Francia principalmente. Después de 1895 entró en ella el Imperio japonés que acababa de demostrar hallarse en vías de ser una gran potencia marítima, y últimamente se ha sumado á tan poderosos elementos el florecientísimo estado de la América Septentrional.

La fuerza que esta alianza naval representa y las ambiciones desmedidas de las naciones que la forman, constituyen realmente una seria amenaza para los países latinos, que á toda costa y sin perder momento, deben ponerse en

mas absurdo, es lo en que mas fé tiene el vulgo, y el vulgo está en todas partes.

—¿Y por qué ha de ser absurdo que yo ame á de la Chaumiere? dijo sardónicamente la princesa: se dice de mí que he amado á tantos, que aunque soy vieja, salgo á mas de amante por cada día de mi vida.

—Las grandes personas son las mas calumniadas: porque la grandeza irrita á los pequeños soberbios; porque nadie perdona á otro una pulgada mas de estatura.

—¿Habeis visto vos esa carta, Mr. Amelot.

—Desde un poco lejos, porque como las señoras que la tenían saben demasiado cuanto soy vuestro amigo, temieron, si me la daban, la destruyese.

—¿Pero tan de lejos la habeis visto que no habeis podido juzgar si era ó no realmente mía?

—¡Ah! señora: la falsificación ha llegado á una perfección desesperante: la carta parecía vuestra.

—Y tal vez lo sea: ¿quién sabe?... á cierta edad empieza á flaquear la cabeza; se da en los desvarios: ¿quién sabe, quién sabe si yo he visto al fin la felicidad en el amor de Prevaux de la Chaumiere? Decidme Mr. Amelot: esa carta ha corrido de mano en mano, ¿no es esto?

—Si señora; la carta por palacio; fuera de pala

—¡Oh! la señora princesa de los Ursinos, dijo Mr. Amelot, sabe demasiado que para que yo la sea leal, no es necesaria la alta mediación de vuestra majestad.

—Si, si; ya sé, Mr. Amelot, dijo la princesa, cuanto me estimais y cuánto interés os tomáis por mis asuntos: por lo mismo creo que podéis decirme lo que demé se murmura en estos momentos en la corte.

Se irguió Mr. Amelot, miró gravemente á la princesa, y contestó:

—Confiais en mi lealtad, y no daré ocasión para que dudeis de ella, ocultándoos que se os calumnia.

—¿Y qué dice la calumnia de mí?

—No dice: ha escrito.

—¿Y qué es lo que ha escrito?

—Os ha supuesto una carta, falsificada por una mano infame.

—¿Habeis visto esa carta, Mr. Amelot?

—La ha visto todo el mundo: la perdieron para que fuese encontrada en la antecámara de su majestad.

—¿Y qué decía esa carta?

—Aparecials en ella amante de Mr. de la Chaumiere: esto es absurdo, y sin embargo, lo han creído todos, porque no parece sino que los hombres han nacido para creer lo absurdo; aquello que es

los Ursinos, que atravesó con paso lento y con la cabeza lángidamente inclinada, la antecámara; saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa á las damas, que se habían puesto respetuosamente de pié, y entró en la cámara.

VI

La reina, que estaba sola, se levantó como si hubiera entrado otra reina, adelantó vivamente y asió las manos de la princesa, que se inclinó en ademán de arrodillarse, pero la reina se lo impidió.

—Estamos en un conflicto, mi querida Ana María, dijo la reina.

—¡Ah! no, contestó tranquilamente la princesa: ¿qué conflicto puede ser ese, cuando yo, que sé todo lo que interesa á vuestras majestades, no le conozco?

—Vos tenéis enemigos terribles, mi querida Ana María, dijo la reina; enemigos miserables que se ocultan en un infame misterio, á través del cual causan heridas profundas con armas envenenadas: necesito toda vuestra perspicacia á fin de que descubrais la mano que se ha atrevido á disparar contra vos un dardo ponzoñoso.

—El gran príncipe del favor de los reyes, dijo tranquilamente Ana María, es la maldad pura rabiosa de